

SUFRIMIENTO Y ESPERANZA EN LA HISTORIA

(Homenaje al maestro Bogumil Jasinowski)¹

Se me ha encomendado una difícil tarea de iniciar hoy —tal es mi esperanza: que sea sólo el inicio— una reflexión en torno a la fértil y multifacética producción filosófica de quien fuera maestro de muchos de nosotros: el profesor Bogumil Jasinowski. En tal sentido, pues, como principiante, trataré de responder a esta tarea. Lo más queda por hacer. Nos deja el maestro numerosos trabajos inéditos sobre los más variados temas: trabajos que van desde el análisis de la tragedia griega hasta el de las estructuras del genitivo: ideas sobre el barroco, sobre el romanticismo, el bosquejo de una nueva lógica matemática, un enfoque originalísimo sobre la prueba de la existencia de Dios, en San Anselmo, en relación a la intuición cartesiana del 'yo pienso'. Y muchos otros escritos antiguos y recientes. Todo este material debe ser, en primer término, rescatado de las bodegas burocráticas²; debe ordenársele, clasificársele para que, luego, una cuidada publicación permita a las hombres de estudio recibir en forma completa la herencia de este espíritu excepcional.

Mientras esto no ocurra corremos el riesgo grande de mal interpretar al maestro, de dejarnos llevar por elementos parciales de su obra tan compleja y vasta.

Acaso su reflexión más constante y, como se dice ahora, 'comprometida', giró en torno al problema de la historia. 'Problema desesperado', según sus propias palabras.

Voy a intentar situarme en la atmósfera propicia en que parece posible debatir el problema de la historia en los términos en que los fue elaborando el maestro.

Las ideas que son expresión de las actitudes más profundas de una existencia suelen vestirse, a veces de una simplicidad que encanta a los sabios y descorazona a los extravagantes. Voy a recordar un hecho casi anecdótico que creo nos pondrá en camino

¹ Conferencia leída en la Soc. Chilena de Filosofía el 5 de octubre de 1969.

² El departamento de Filosofía contará dentro de muy poco con la biblioteca y

los manuscritos del Prof. Jasinowski, gracias a la amable y rápida gestión del director de Bienes Nacionales, Dn. Jorge García.

de la actitud de Jasinowski frente a 'la situación desesperada de la historia'.

Visitábamos al maestro para convencerlo de que retomara el Curso de Historia de la Cultura, que dos o tres años antes había dejado. Nos escuchó con ceño grave; quedóse algunos instantes en silencio y luego, como tomando una rápida decisión: queridos amigos —nos dijo— voy a responderles con una especie de parábola: hace muchísimo tiempo un joven príncipe hizo llamar a un hombre famoso en el reino por su sabiduría para que le escribiera la historia del hombre. Durante años el sabio se entregó a la tarea hasta que un buen día se presentó ante el príncipe, seguido de varios esclavos cargados de escritos en los que se narraba paso a paso la historia del hombre. El príncipe, que en esos instantes partía para la guerra ordenó al sabio que redujese esa montaña de escritos a lo más importante y que, terminada la campaña bélica, volviera al palacio con la síntesis pedida. Y así ocurrió: el sabio, respetuoso de la voluntad del príncipe regresa al cabo de algunos años con una carga de volúmenes que apenas pueden sostener sus débiles brazos. ¡Oh! —suspira el joven, que en esos momentos parte en un viaje de placer por lejanas tierras—. ¿Cuándo crees que terminaría de leer todo esto con los afanes y obligaciones propios de mi condición? Haz algo más reducido, y a mi regreso lo leeré y serás recompensado. Así pasaron los años: el príncipe volvió de su viaje y llegó a ser rey. Y el sabio entraba al palacio para presentar al monarca sus escritos... y salía una y otra vez con el encargo de acortar más y más aquella historia del hombre.

Y ocurrió que una terrible peste atraviesa la tierra sin respetar ni siquiera al monarca. En la serena languidez que anuncia la muerte, el rey se acuerda del sabio y lo manda a llamar: ahora —le susurra— ahora que tengo algún tiempo por delante vas a decirme cuál es esta historia del hombre. Y el sabio le contesta: Majestad, en verdad la historia es muy simple: El hombre nace, sufre, muere...

Al maestro Jasinowski le gustaba repetir este cándido relato, creo, de Anatole France. Y, de alguna manera, era también la esencia de su propia actitud ante la historia. Recuerdo, otra vez, refiriéndose al *cogito* cartesiano se preguntó con vehemencia: ¿por qué... por qué decir 'pienso, luego existo' y no más

bien, 'sufro, luego existo?' Recuerdos significativos. No obstante, si lo que queremos es enriquecer nuestra comprensión de la obra de Jasinowski, debemos superar la soledad de los recuerdos e intentar restituirlos, fundirlos a la unidad de su pensamiento. Y esta es la tarea que hoy quisiera iniciar.

En su obra póstuma, *Renacimiento italiano y pensamiento moderno*, publicado hace justamente dos años, Jasinowski se refiere a las diversas actitudes —la de oriente y la judeo-cristiana, en especial— frente a este fenómeno 'básico de la vida' (pág. 33): *el sufrimiento*.

¿Por qué fenómeno fundamental, básico de la existencia? Es lo que vamos a tratar de averiguar.

Creo que jamás Jasinowski pusiera en duda que el ser humano hila su propia historia, como la araña su tela; que es sujeto, que es actor en ella... Pero, ser sujeto en la historia y, al mismo tiempo, sufrirla parecen ser dos maneras de existir que no se compadecen entre sí. ¿Será real esta dificultad?

Cuando se dice que el hombre es sujeto *en* la historia no tenemos por qué figurarnos una voluntad 'libre' y 'soberana' que se levanta a sí misma desde su propio ser. Por el contrario, tal declaración suena a falsedad o a ilusa pretensión en la medida en que es trunca y abstracta. El hombre es una *naturaleza* deficiente. Por eso, hay nostalgia y esperanza; por eso hay historia. Esta es una premisa del platonismo agustiniano, que no creo que Jasinowski hubiese rechazado. Los hombres sentimos y sufrimos el 'factum' irremediable de llegar siempre tarde a nuestra historia personal, de caminar nuestras posibilidades con una especie de sombra retardada pegada a nuestros pasos y decisiones; de ser búsqueda, a veces angustiada, de nosotros mismos en un tiempo nunca presente. Y, justamente, porque no somos causa de nuestro ser, jamás podremos darnoslo: no nos inventamos nuestra propia existencia: la descubrimos. Somos, pues, actores *también* por el hecho de sufrir la historia; de sufrirla de la única manera en que sabe sufrir una conciencia: en la realidad activa del sufrimiento.

Las obras que el hombre realiza en su plenitud de espíritu expresan de una u otra forma este sufrimiento que recorre las existencias, sufrimiento que también en la historia de la filo-

sofía ha dejado su testimonio en renunciaciones dolorosas¹, pero, principalmente, en lo que no se dice, en lo que se dice a medias o en un rincón autobiográfico de la introducción.

La vida humana está forzada a entenderse —o más bien, a tratar de entenderse—, a sí misma. Y no puede hacerlo sin comprender lo que está frente a ella, como naturaleza, como prójimo, como pasado, como tradición. Realidades difíciles con las cuales se ve trabada en su ser y cuya comprensión se le escapa constantemente o deriva hacia algún conflicto insuperable. La vida humana se busca a sí misma por doquier, incluso por aquellas latitudes —como las matemáticas y la física— donde pareciera no haber respuesta para lo que busca. De allí que esta pasión deje su impronta en todas las actividades de la cultura.

Lo que ha dicho Jasinowski, que el sufrimiento es el fenómeno básico de la existencia, debe entenderse, pues, en conexión con esta afirmación central del platonismo interiorizado de Agustín y Pascal: el hombre es déficit de ser. Por eso es búsqueda.

Para Jasinowski toda visión de la naturaleza supone una visión solidaria del hombre. Y viceversa; conceptos subjetivos y conceptos objetivos manan permanentemente de una misma actitud primordial, originaria, que se explicita a través de lenguajes aparentemente diversos. 'Existe —dice el maestro— una relación fundamental entre el *sentir* el mundo y el sentir el Yo, relación que quisiéramos llamar cosmoegoica'².

Con igual o mayor razón todavía existirá un vínculo estrecho entre este sentir el Yo y el sentir el Ser de lo divino. Tesis ésta que desarrolló con excepcional vigor en un trabajo inédito cuyo título es 'De la Esencia conjunta del *cogito* cartesiano y del argumento ontológico de San Anselmo'³. Allí se dice: 'Estos dos argumentos han sido considerados todo el tiempo como argumentos separados y extraños el uno del otro; uno que versa sobre la posibilidad de hacer ver la existencia propia del Yo, punto esencial para la filosofía en el sistema de Descartes; el

¹Recordemos la patética confesión de Kant: he tenido que renunciar a algo de la ciencia para dar cabida a la fe.

²Renac. Italiano, pág. 19.

³Publicamos en este número la primera parte de este trabajo inédito de Jasinowski.

otro que versa sobre la demostración de la existencia divina. Pero yo quiero discutir —(era la manera de hablar del maestro)— está visión que ya tiene tantos siglos de existencia... y mostrar la inseparabilidad de los dos argumentos; mostrar que se trata de una inseparabilidad de carácter intrínseco, es decir, que ambos argumentos se presentan como fragmentos de un todo, como miembros inseparables de un mismo tronco’.

El tronco común ya podemos vislumbrarlo: es aquel sentir el Yo, el mundo, Dios, de una manera vital, preempírica, originaria.

Pero no nos dejemos desviar por estas primeras aproximaciones: la filosofía de Jasinowski, conociéndola, no podría ser confundida sin más con una vaga filosofía ‘del sentimiento’. Su fe en el ‘carácter soberano de la filosofía’¹ está ligada —según sus propias palabras— ‘a la convicción de que un verdadero sistema filosófico tiene que presentarse también como un sistema científico y que las conclusiones del primero deben ser fecundas para las premisas del segundo’. Esto que Jasinowski proclama como ideal él mismo lo cumple como investigador profundo y original en los más variados ámbitos de las ciencias, dando así testimonio de ‘ese tronco común’, de ese dinamismo espiritual único que, según su concepción, movería desde el fondo todas las actividades superiores del espíritu.

Mucho menos puede confundirse su filosofía con un relativismo fundado en la historicidad y veleidad de las emociones humanas. Todo lo contrario: una suerte de afectividad apriorística movería el curso de la historia y la organizaría a su manera y según su propia legalidad.

El sentir humano se hace historia, ciencia, filosofía, arte; pero eso no significa que tal sentir no tenga raíces. Las tiene: en las vísceras del mundo y de la historia. Este sentir saca a la superficie de la tierra la realidad espiritual del mundo: los valores.

‘El valor es la *stella rectrix* que guía todas mis investigaciones’².

A este enfoque en que el valor representa la suprema realidad del mundo y de la historia, Jasinowski lo llamó ‘enfoque axiontológico’ de la realidad.

¹Renacimiento Italiano y Pensamiento Moderno, pág. 199. ²Op. cit., pág. 96.

Vengamos ahora al tema del correr del tiempo histórico, de su íntimo dinamismo. Es imposible comprender época alguna —afirma el maestro— si no tenemos a la vista el conflicto de valores que caracteriza a aquella época. Conflicto que se prolonga por debajo de la conciencia del pensador, conflicto que reaparece en sus obras, en sus necesarias contradicciones, silencios y renunciaciones; silencio que compromete, en fin, todas las manifestaciones de la vida. Escuchemos las palabras del propio autor: 'La convivencia de valores opuestos en una misma época tiene su último fundamento en la estructura antitética de nuestra razón y, a la vez —esto es importante— *en lo que se pretende designar como lo real*'¹.

Toda época es afirmación predominante de un valor determinado, pero también, la conciencia —a veces oscura conciencia— de la irreductibilidad de su valor contrario. En la obra que estamos principalmente analizando se muestra cómo, por ejemplo, el Renacimiento italiano deja en todas sus obras representativas el sello de notas antitéticas: el ideal pagano con su egotismo junto a un hondo sentimiento religioso; el sensualismo junto a la ascesis mística; el despertar del sentimiento nacional junto a un cosmopolitismo esotérico y sincretista. 'En verdad —dice Jasynowski—² el Renacimiento no es propiamente pagano, ni tampoco cristiano: es lo uno y lo otro a la vez, y esto vale para otros pares antitéticos. Los historiadores que destacaban algunos de estos rasgos, tienen razón; pero, también ninguno de ellos la tiene'.

Habría que insistir todavía en que este conflicto no sólo se da como una relación externa entre sentimientos encontrados, como un estado de desavenencias intersubjetivas; debe remarcar, por el contrario, que el conflicto surge —y esencialmente— como conflicto de una conciencia, como desgarramiento de la intimidad o, para emplear un término famoso, como conciencia infeliz.

Es, pues, en los penetrales de la subjetividad donde resulta que la expansión de un valor se da en desmedro de otro que queda contraído casi a un punto sin espacio, como un germen en espera de la buena estación.

¹Op. cit., pág. 130. El subrayado es nuestro.

²Op. cit., pág. 121.

Así, llegamos a una determinación algo más precisa de aquello que en un principio habíamos dicho: en el estado larvado, difuso en que se siente un valor como no actual, la historia se sufre, la vida se desvive en su impotencia.

Pero —nos preguntamos ahora—. ¿Es compatible este esquema general del pensamiento de Bogumil Jasinowski con esta otra declaración tan explícita y decidida: la esperanza es el nervio de la historia? ¿No era el sufrimiento el fenómeno básico, primario?

Por lo que esperamos, el presente se vuelve consistencia y no fuga de un tiempo perdido. La esperanza —dice San Pablo— es segura y firme ancla del alma. Y, ¿qué espera la vida humana —respondería Jasinowski a nuestra duda— sino traducir los afanes, el trabajo, la materia misma en substancia íntima, en bien íntimo del alma? ¿El trabajo de existir no consiste en transformarme en forma radical de ese ser biológico y físico que soy en bien logrado, en bien vivido? Es justamente esta tensión al valor, al bien apetecido, que abre la realidad del futuro, realidad desde la cual el hombre se vive en presente y se distancia del pasado. El valor es siempre lo que está por venir; jamás su advenimiento es ocurrido. Y sólo en esto tienen razón aquellos que dicen que el valor 'no es': en el sentido de que 'no es' algo 'objetivo', una especie de cualidad fulgurante de las cosas. El valor es la substancia de las cosas y la substancia de lo que esperamos de las cosas. Su oculta y humana promesa.

Ahora bien, la tensión hacia el valor constituye, para Jasinowski, nervio y sangre de la historia. La esperanza no resulta así incompatible con el sufrimiento, como lo son la desesperación y la angustia. Diríamos, asociando esta reflexión a ciertas direcciones del pensamiento contemporáneo, que la esperanza es incompatible con una filosofía en que el sentido (el valor de una acción) constituye un puro acto gratuito, un acto puro de creación ex nihilo y no de reconquista.

Esperanza y sufrimiento constituyen, pues, dos dimensiones del alma humana —fenómenos básicos de la existencia— trabadas, ellas también, en la dialéctica de los valores.

Se sufre, hay conflicto, porque el valor asumido o creído no logra integrar nuestra experiencia; porque el valor opuesto presiona también para integrar esa realidad— la de nuestra cons-

ciencia comprensiva— que, entonces, no puede presentarse sino como una totalidad viciada o rota, al menos para la razón¹.

La impotencia de toda estación histórica para asumir compactamente la realidad operante de valores opuestos constituye, sobre todo en la obra de los hombres diferenciados que encarnan una época, el fondo doloroso de la vida. De allí que el misticismo, que es afirmación de la coincidencia de los opuestos, representa una constante en la experiencia humana². Sin embargo, pese a la constancia con que reaparece en la historia del espíritu, el misticismo representa con todo una actitud de excepción. En general, el pensamiento recorre la historia de otra manera. Es la exaltación preponderante de ciertos valores lo que define a una época. Y como el pensador, el artista, el científico se encuentran todavía prisioneros vital y conflictivamente a los valores opuestos, tienden a no reconocerlos como suyos, a extrañarlos en un 'ayer' objetivo diferenciado del 'hoy' simplemente por esa negación. (No en nosotros, sino en el prójimo, odiamos nuestros defectos).

¹En nuestros días el valor 'libertad' ha sido sometido a un proceso racional de demitización. Al menos en algunos círculos. Su valor opuesto, 'estar comprometido' es 'el valor'. Lo que no parece existir es un compromiso dialéctico entre ambos valores. O lo uno o lo otro. Sin embargo, desde su exilio el valor sofocado balbucea sus argumentos, esperando la oportunidad para alzar la voz.

²Tenemos por costumbre oponer las corrientes místicas que vuelven en todas las épocas, al pensamiento científico y a la investigación filosófica. Misticismo y ciencia serían dos polos opuestos: el misticismo equivaldría a la superstición de los pueblos primitivos, y la ciencia el fiel reflejo de la civilización. Y, por lo demás, el corolario tantas veces 'magistralmente' repetido: visto que la ciencia cesa allí donde el misticismo empieza, la filosofía ha de evitar toda inflexión mística, siendo su papel investigar el origen de aquella aberración tan adherida al pensamien-

to humano... 'Este modo un poco brutal de simplificar la trayectoria de la vida espiritual no es más que un malentendido secular. No nos proponemos abordar los problemas del misticismo, como tampoco salir en defensa de nuestra tesis, pero sí señalamos que el papel asumido por el misticismo en todos los sectores de la vida espiritual es muchísimo más amplio de lo que piensan los acomodaticios historiadores de la ciencia positiva.

... 'Si bien un misticismo descarriado puede desfigurar el arte y destruir la ciencia, no existe, por el contrario, ciencia profunda ni arte sublime que en sus más altas creaciones estuvieran desprovistas del sentido del misterio. La sombra de lo invisible, que no se manifiesta en un artista ni en un sabio mediocres, parece rápidamente crecer en las proximidades de la síntesis más elevada de la ciencia, y en las visiones más profundas del arte'. (Renac. Italiano y Pens. Moderno, pág. 93).

Así, pues, el pensamiento se abre al ayer inmediato —que en verdad no es más que un presente sofocado— como negatividad, como conocimiento descomprometido de un valor que se rechaza. Que se rechaza, y sin embargo, se carga todavía en las profundidades de nuestro ser.

Y este ayer durará hasta que, remontando el curso de la historia, creamos descubrir en lontananza —en el anteaer histórico— valores semejantes a los que hoy afirmamos.

Y, entonces, aquel período será como la imagen virtual de los valores que hoy asumimos: Preanuncio y plenitud; ambos, se comprende, con signo positivo. Vemos aquí cómo la conciencia historicante va segmentando el pasado en una sucesión alternada de signos positivos y negativos. Esta relación perturba, pero configura a su vez el sentido y el valor del pretérito. Es —como dice Jasinowski— la necesaria presión que ejerce el presente sobre el pasado.

Tal presión no es en absoluto estática. Todo lo contrario. Los hechos del pasado —hechos que sólo 'son' en la memoria de quien los recuerda— se van desplazando también siguiendo el movimiento propio de la conciencia que vive, ella misma, sumergida en la historia y en el constante enfrentamiento de los valores.

Ahora bien, volverse hacia el pasado, corresponde a un hecho espiritual que en muy poco se asemeja a un movimiento de orden físico. La conciencia del pasado, es, al mismo tiempo, tensión hacia el futuro, esperanza, como hemos señalado. Hay, así, una continua solidaridad entre el tiempo de la esperanza —el tiempo útil, diríamos— y el tiempo de lo que fue —el pasado—, el cual parece volver a animarse, a ser algo activo y a segmentarse en nuevas unidades de valor, en función del primero.

En resumen: el énfasis de la investigación histórica de Jasinowski está puesto en este punto crucial: no son los acontecimientos mismos los que se organizan y se delimitan para siempre y desde ellos mismos en el flujo continuo de la historia. Las épocas históricas son, en un sentido muy próximo al kantiano fenómenos, es decir, la estructuración inteligible del *continuum* histórico. Y tal estructuración representa la labor aprio-

rística de la conciencia historificante, guiada, como hemos dicho, por la intuición de valores.

Podría asaltarnos una pregunta: ¿Entonces, no hay historia 'objetiva', historia de los hechos 'tal como ellos ocurrieron'? 'No quisiera —dice el maestro—' aumentar el pesimismo que nos invade. Pero, peor que todo es el hecho que los historiadores mismos parecen darse cuenta pocas veces del estado desesperado de su ciencia. Sólo el feliz instinto optimista, tan natural en los hombres, les impide ver cara a cara lo desesperado que es la posición de una ciencia cuyo nombre significa el conocimiento por antonomasia —pues esta es la palabra 'historia' en su sentido originario— y que debería ser la más preciosa de todas, ya que es una ciencia investigadora de las actividades humanas. Desgraciadamente, al penetrar en su recinto, nos sentimos rodeados por las tinieblas siempre más y más densas...

Jasinowski, ajeno en muchos respectos a la temática existencialista de nuestros tiempos, al menos en este punto preciso parece coincidir con ella. Bultmann, por ejemplo, ha afirmado a raíz de los problemas históricos que presenta el examen de los Evangelios, que el futuro pertenece por esencia a la *estructura de los hechos*, 'que la historia, campo de las decisiones humanas, sólo se entiende a partir del futuro', que es su sentido. Pero, el sentido de una decisión histórica está permanentemente ligado a la búsqueda y posesión de algún bien. Y la comprensión histórica de aquella decisión pretérita dependerá de la capacidad de esta conciencia, también histórica, que es la del historiador, para percibir, hoy, los valores por los cuales decidió y actuó el hombre en una determinada época de la historia. Llamar, por ejemplo, a la Edad Media, Evo de las sombras, no es descubrir hechos, sino pronunciarse y decidir sobre lo que es digno y no digno de ser buscado. En todo esto Bultmann y Jasinowski concordarían plenamente. Aun sus tesis se complementarán, pues así como el presente hace presión sobre el pasado —tesis de Jasinowski— así también el pasado vuelve a la vida y ofrece sus valores para que el hombre se elija a sí mismo, eligiéndolos y rechazándolos. Esta última es la tesis de Bultmann frente al kerigma cristiano.

¹Op. cit., pág. 113.

Pero Jasinowski va más lejos: mientras que para Bultmann la historia es objetiva si y sólo si subsume sus hechos en el encadenamiento causal y descriptivo propios de otras ciencias, saltándose, por así decirlo, intencionalidad y sentido; para Jasinowski no es necesario este tremendo sacrificio en aras de la objetividad de otros modelos. La historia para nuestro autor tiene una manera propia de ser objetiva, universal. Se salva esta ciencia mediante una especie de analítica trascendental de 'ese gran fenómeno de la vida espiritual que es la memoria'. La memoria —según el maestro— no sólo funda la división del pasado en períodos, sino también el cambio de los mismos períodos del pasado por la diferenciación progresiva del presente.

'El espíritu, dice, es memoria'. ¡Cómo está vivo en estas páginas el pensamiento de San Agustín!

Pero, si esto es así: si la memoria posee estructuras valóricas precisables, entonces la historia adquirirá la universalidad que se exige de toda ciencia, al paso que conservará su carácter peculiar. El saber histórico será conocimiento de ciertos universales subjetivos y objetivos a la vez, puesto que los valores se descubren, aunque su descubrimiento no proceda por las vías lógico-conceptuales propias de otras disciplinas.

De este descubrimiento se genera el período histórico que corresponde a una especie de concepto general bajo cuya ley se hace inteligible un hecho pasado, de manera similar a cómo bajo un concepto de clase —como el de mamífero— se ordena y se hace inteligible un trozo de la realidad viviente. Así Jasinowski resguarda el carácter científico del conocimiento histórico, frente a la más antigua de las objeciones levantadas contra la historia: la de ser una narración de hechos irrepetibles y, por tanto, inclasificables.

La historia cumpliría, entonces, con la condición necesaria a toda ciencia, es decir, subsumir lo particular e individuo bajo esquemas orgánicos y generales —los períodos— estructuras valóricas que el hombre va descubriendo en la realidad continua e inagotable del pasado.

Es cierto que todavía se podría hablar de relativismo en la tesis de Jasinowski en la medida en que el autor afirma que

¹Op. cit., pág. 118.

los hechos por sí no dicen nada, en la medida en que reconoce que el historiador 'encuentra siempre lo que busca' y va encuadrando los hechos según la tensión actual de sus vivencias valóricas. Esto es cierto siempre que no tengamos presente la afirmación rotunda de la 'substancialidad' de los valores, verdadera energía espiritual de la historia humana y, a la vez, dimensión profunda y misteriosa de las cosas.

*

Misterioso es el encuentro de tiempos al parecer irreconciliables: el del cumplimiento de un anhelo y el del ocaso de una vida: esperanza y fatalidad. 'La esperanza —recordamos las palabras del maestro— es el nervio mismo de la historia', lo que es muy verdadero. Sin embargo, cierto parece también que, a fin de no confundirla con la mera ilusión, la esperanza tiene que tener a la vista la realidad de la muerte. El triunfo de la esperanza sobre la muerte: ese es el misterio.

¡La filosofía —lo dijo un sabio a quien Dn. Bogumil amó como a ningún otro— es preparación para la muerte! Y a la larga venimos a parar siempre a lo mismo: sólo el amor hace posible juntar lo que está disgregado: la vida con la muerte. El amor es el secreto profundo que vence a la muerte y con ella, al angustioso fluctuar de la esperanza.

Cuando el maestro dice en su obra póstuma que la filosofía no es otra cosa que 'visión enamorada de la realidad' no hace más que narrarnos directamente lo que ha pasado por su alma.

¿Qué podemos decir que le fuera extraño o indiferente? ¿Qué lengua de cosas o de hombres no entendía o hablaba? Su saber profundo, dilatado, alegre, ¿no estaba sostenido por ese amor que se anticipa al pensamiento, alcanza las cosas y les saca su secreto, su interés, su unitaria razón?

Ya las palabras cálidas del maestro, palabras ligadas a gestos, a situaciones, a escenas inolvidables de su vida, empiezan a tomar distancia frente a nosotros, hasta alcanzar la solitaria grandeza y solidez de la obra verdadera. Se las estudiará en los manuscritos que el maestro nos deja en herencia; se publicarán, germinarán con las generaciones. Así se multiplicarán sus afines. Es de esperarlos. Nosotros que tuvimos la dicha de ser

sus discípulos y de seguirlo hasta donde pudimos, daremos desde hoy testimonio de que esas palabras nacieron en la agonía cotidiana del espíritu. En la lucha tremenda contra un desencanto al que invita el mundo cada vez con más fuerza y, al que don Bogumil resistiera debido al temple maravilloso de su alma.